

PAZ GUERRA CRUELLS, ACUSADA DE BULLYING

Daniela Viviani

ILUSTRACIONES DE **Dannaé Álvarez Rivas**



 Planetalector

PAZ GUERRA CRUELLS, ACUSADA DE BULLYING

Daniela Viviani

ILUSTRACIONES DE **Dannaé Álvarez Rivas**



© del texto, Daniela Viviani, 2022

© de las ilustraciones, Dannaé Álvarez Rivas, 2022

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2022

Av. Andrés Bello 2115, piso 8, Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Primera edición "enero 2022

ISBN "978-956-6038-55-9

ISBN epub "978-956-6038-65-8

ISBN mobi "978-956-6038-66-5

Número de inscripción "2020-A-10763

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo de autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

PAZ GUERRA CRUELLS, ACUSADA DE BULLYING

*Para mis tres A:
Alejandra, Antonella y Ámbar*

CAPÍTULO 1

– **Q**uisiera llamar al estrado a la acusada,
Paz Amanda Guerra Cruells.

Escuchar mi nombre completo era seguro una mala señal. Rápidamente acudí al llamado de la jueza.

–¿Podría presentarse?

–Sí, por supuesto, su señoría. Mi nombre es Paz. Tengo 7 años. Me encantan las películas de villanos y me saco buenas notas en toooooodos los ramos.

–¿Algo más que agregar?

–Que mi mejor amigo es Simón. A él le encantan las frutillas con crema y, cuando sea grande, quiere convertirse en psicólogo.

El fiscal se levantó de su asiento, indignado:

–¡Eso último es irrelevante, su señoría!

–Pero, ¿cómo? Si en el colegio y en los libros nos enseñan que una de las cosas más importantes en este mundo es la amistad. Y Simón es bacán.

El fiscal se agarró la cabeza.

—Irrelevante para el delito que se le acusa! —señaló el hombre con impaciencia. Pero para mí que él estaba con mucha hambre y pensar en frutillas lo había puesto peor.

—Ah, bueno, pero no se enoje.

La jueza golpeó con su martillo. ¡Lo hizo tres veces seguidas!

—¡Orden en la corte!

Y se acercó unos papeles para leerlos en voz alta.

—Señorita Paz, de acuerdo a lo que aquí dice, se le acusa de molestar en reiteradas ocasiones a su compañera Alejandra González por su tartamudez. Y que lo hace cada vez que ella pasa al pizarrón.

—N...n... no... no... e... es... ci... cier... to... su... señoría.

Apenas había terminado mi imitación cuando recibí un tremendo coscorrón de mamá-abogada defensora. «¡Ni se te ocurra hacerte la chistosita!», me susurró al oído.

—Señorita Paz, también se le acusa de molestar al alumno Roberto Rodríguez con el apodo «Ronegro» por su tez morena.



—Pero, su señoría —dije muy seria—, ¿cómo se le ocurre que yo voy a inventar eso? ¡Si al Roberto apenas lo veo!

Los miembros del jurado soltaron una risita que disimularon entre toses y carraspeos. Entonces, sonreí triunfal: había logrado ser el centro de atención.

—Orden, orden, por favor —solicitó la jueza, mientras seguía revisando los documentos que registraban mis fechorías—. ¡Vaya!, aquí también se menciona a otro afectado por sus burlas, es Juan Elc...

—¡El corto! —interrumpí para luego reírme de lo lindo.

—¡Objeción, su señoría! —exclamó el fiscal.

—Juan Elcano —corrigió la jueza, sin ánimo para mis chistes.

—Disculpe, señora jueza —dijo mamá-abogada defensora en mi nombre—. Parece que Paz ha comido más dulces de los que debería.

—¡Madre irresponsable! —acusó el fiscal, despertando la ira de, justamente, mi madre.

Los adultos se pusieron a discutir sobre dietas saludables y la jueza exclamó «¡Orden en la sala!»

como por octava vez. ¡Qué cosa más entretenida es observar a los adultos ponerse colorados! ¿Cómo es que no traje palomitas y bebidas para el espectáculo?

—Señorita Paz —insistió la jueza, a pesar del barullo—, ¿cómo se declara respecto de los delitos de bullying que se le acusan?

—¡Culpable, su señoría!

Y se hizo el silencio en la sala. Incluso mi mamá y el fiscal se quedaron callados.

—Pero, ¿cómo? ¿Se declara culpable así nada más?

—Sí, su señoría. Es que estoy cansada y si digo que soy inocente, nos vamos a demorar más y ya quiero irme para la casa —respondí muy tranquila.

La jueza se rascó la cabeza luego de escucharme. Parece que esto de que alguien se declare culpable sin pelear es algo muy extraño.

—Señorita Paz, ¿podría al menos decirnos por qué ha cometido tales faltas en contra de sus compañeros?

Vaya, nunca antes me había hecho esa pregunta, así que me la pensé un poco antes de contestar. Yo simplemente cometía esas fechorías, como lo ha-

cen los malos en las películas y los cómics. Lo mío no era venganza como la de Batman, al que le habían matado sus papás, sino que actuaba de puro aburrida.

—¿Y...? —insistió la jueza.

—Su señoría, no sé muy bien cómo explicarlo. Por eso recurriré a un ejemplo. Llamo al estrado a mi abogada defensora.

—¿Yo? —se notaba que mi mamá no entendía nada, pero como la jueza aprobó mi intervención, no le quedó más que pasar adelante.

—Mamá-abogada defensora, cuando saco una buena nota, ¿qué es lo que me dice?

—Eh..., no sé, «Felicitaciones», «Muy bien, mi niña».

—¡Exacto! —afirmé con tanto entusiasmo que todos se me quedaron mirando raro—. ¿Y se acuerda de cuando le tiré el pelo a Paula López? ¿Puede repetir exactamente lo que me dijo esa vez?

—Sí, por supuesto: «Paz Amanda, cabra de porquería, ¿cómo se te ocurre hacer semejante maldad? ¿Cuántas veces te hemos dicho con tu papá que debes ser amable con los demás? ¡Que te pille

tirándole el pelo a otra niña y te voy a dejar tres semanas sin la consola de videojuegos!»

Entregado el testimonio, retomé la palabra.

—Entonces, su señoría, y respondiendo a su pregunta, no sé muy bien cuál es la razón de mis maldades, pero, ¿se da cuenta? Si me porto bien, apenas recibo un par de elogios. Pero si me porto mal, ilas cosas se ponen más entretenidas!

—¡ALTO!

La voz de Simón se sintió por todo el estrado, como si mi amigo hablara por altoparlante.

—¿Estás segura de que eso fue lo que pasó?

Con su interrupción se acabó la fantasía del juicio. Volví a mi pieza desordenada, al lado de Simón que me miraba con sospecha, mientras se tomaba su leche con chocolate.

—¿De verdad te llevaron a una corte con juez y todo? Porque yo te vi entrar a una sala con la profesora Natalia, tu mamá y el inspector.

—Bueno... ¿Quieres un dulce?

—No me cambies el tema, Paz. ¿Qué te dijo la profesora?

De los puros nervios me eché a la boca el dulce que le estaba ofreciendo a mi amigo.

–Me dijo que estaba... «condicional».

–¡No!

–¡Sí, te digo!

Simón se rascó la cabeza, igual como lo había hecho la jueza antes. Digo, la profesora. Entonces, lo hice yo también, en una de esas, rascarse ayudaba a pensar mejor.

–Paz, eso quiere decir que haces una travesura más y....

–Me echan del colegio –agregué yo.

La situación era grave. Tanto que nos quedamos sin palabras por un buen rato.

–¿Quién quiere más leche con chocolate?

–preguntó mi madre, quien se asomó de repente por la puerta. La respuesta no se hizo esperar.

–¡Yo, yo!

–¡Yo, tía! ¡Yo!

Mi mamá nos pasó una cajita para cada uno. Bebimos, muy contentos.

–¿Y quieren más galletas? –preguntó ella, a quien ya se le había olvidado todo el discurso de la dieta saludable.

–¡Ya! –gritamos los dos.

Sin embargo, luego de saciar el hambre nos pusimos tristes otra vez, como correspondía con la ocasión.

—Pucha, Simón... No quiero cambiarme de colegio.

Como respuesta a mi súplica, mi amigo no dijo nada, pero se llevó la mano al mentón y empezó a acariciar unas barbas imaginarias, mientras ponía los ojos chinitos, como si tuviera un retorcijón. Supongo que era su manera de concentrarse. Pero luego empezó a dar vueltas en círculos por toda la pieza.

—Simón, yo creo que el baño está desocupado... ¿Quieres que vaya a revisar?

Pero él ni siquiera me escuchó. Estuvo así un buen rato hasta que, de un momento a otro, paró de girar. ¿Se le habría agotado la batería?

—¡Paz, voy a armar el plan perfecto para que no tengas que irte del colegio! —gritó de repente—. Lo hago y te cuento.

Y corrió escaleras abajo para irse a su casa, temeroso de que las ideas se le fueran a escapar de la cabeza si no las escribía luego.

–¡Simón, acuérdate de que tus papás vienen a buscarte a las seis! –le recordé desde el segundo piso—. ¿Y si hacemos las tareas mientras tanto?

–Ah, bueno ya –exclamó tristón mi amigo, obligado a reservar su entusiasmo para el regreso a casa.

CAPÍTULO 2

Los siguientes días en el colegio fueron muy difíciles. Quería molestar a Alejandra tirándole el pelo, pero no podía. Quería hacer un dibujo en la pizarra con las patitas cortas de Juanito, pero no podía. Hasta había inventado una canción para Roberto, para cantarla cada vez que lo nombraran en la lista, ¡pero no podía! No podía hacer ninguna de mis maldades si quería seguir en el colegio el próximo año.

—¡Tanta creatividad desperdiciada! —reclamé en voz alta, mientras jugaba con Simón durante un recreo.

—¡Ay, Paz! ¿Por qué eres tan pesada?

—Mi mamá me pregunta lo mismo.

—A ti lo que te falta es empatía... —insistió Simón, también conocido como «el amigo de todos» en el curso.

—¿Y qué es eso de la empatía? —pregunté.

—No sé. Algo así como entender lo que siente el otro. Ponerse en su lugar...

—¡Bah, qué fome! —reclamé interrumpiéndolo, y asusté a un gato que justo pasaba por ahí.

Simón soltó un suspiro, pero no se dio por vencido. Es más, me dijo que una niña bully como yo era todo un desafío para el futuro psicólogo de criminales en que se convertiría cuando fuera grande. Así que volvió a insistir con eso de la empatía.

—A ti te gusta molestar a Juan porque es bajo, ¿verdad? —preguntó mi amigo.

—¡Sí, porque lo es! —me defendí. La lógica y la escasez de centímetros eran obvios, ¿cómo no notarlo?

—Ya, y si yo te digo que tú tienes las piernas cortas como perro salchicha, ¿te molestaría?

No pude evitar bajar la vista y mirar mis extremidades. Era verdad que les faltaba un estirón.

—¿Y...? Me da lo mismo —gruñí.

—¿Y si te digo que te quedas con la boca abierta cuando estás concentrada en algo? —continuó mi amigo, imitándome con el gesto.

—Me da lo mismo —declaré orgullosa.

—¿Y si te digo que tu nombre y apellido suenan muy chistosos? —insistió él.

—¡Me da lo mismo! ¡Me da lo mismo! ¡A mí todo me da lo mismo!

Lo grité tan fuerte que temí ser castigada por el inspector que justo pasaba por ahí.

—¡Te apuesto a que no es así! —Simón estiró la mano y sellamos el pacto con un buen apretón. Y entonces, sonó el timbre para entrar a clases.

—Pruébame —le dije a mi amigo, con tono desafiante.

Cuando entramos a la sala, la Miss Loreto ya estaba escribiendo algunas cosas en el pizarrón, el que tenía lleno de tarjetas. Según nos contó, hoy íbamos a repasar los colores en inglés y apenas pudo me pidió pasar adelante. Ella sabía que yo era muy buena en inglés.

—Ya, Paz... De todos los colores que ves aquí, ¿cuál es el que más te gusta?

Sonreí a la profesora. Aunque me sabía todos los colores, el más fácil de pronunciar era el rojo porque era igual que decir «red», como con la que se atrapa a los peces. Tomé aire, inflé el pecho y dije:

—R...

—¡Roberto! ¡A la Paz le gusta Roberto!



Un segundo de silencio y luego el curso completo estalló en risas. ¡Me quería morir! Como si me hubieran tirado un balde de agua fría, me paralicé frente a mis compañeros que no dejaban de burlarse de mí. Incluso se me pusieron mojados los ojos, pero no lloré. ¡No, señor! ¡Siempre digna, nunca indigna!

Menos mal que Roberto había faltado a clases ese día.

–¡Simón! ¡Deje de molestar a su compañera!

Volví a mi asiento, furiosísima.

–¿Viste que no te da lo mismo? –me dijo Simón, sonriendo de lo lindo.

«La apuesta, Paz, acuérdate de la apuesta», me dije una y otra vez, para no saltar sobre él y decirle unas cuantas cosas. Mejor opté por quedarme callada, todavía sintiendo las miradas sobre mí. ¿Así es como se sentía Alejandra cuando la molestaba? ¡Era horrible! ¡Era un conejillo a punto de ser devorado por un león!

¡Esto de sentir empatía era horrible!

–Tranquila, eso fue parte de la terapia –me dijo Simón de la nada.

¿Es que acaso él ahora leía los pensamientos?
La clase siguió su curso y ese día se me hizo eterno.
Solo quería volver a mi casa.

CAPÍTULO 3

Eso de que te molesten frente a todo el mundo se siente realmente mal. Primero, es como un malestar que te recorre todo el cuerpo y te deja helada. Después, solo quieres llorar. Y después sale rabia con la que te dan ganas de pegarles a todos.

—¿Te pasa algo, hija?

Cuando volvió del trabajo, mi mamá me pilló acostada, a pesar de que era muy temprano todavía.

—No, naaada —dije, con tono lastimero bien forzado. Seguro que con eso conseguía un pastel para la once.

—Voy a la panadería y compro un rico pastel para que te pongas contenta.

Sonreí. Extrañaba mucho a mi mamá desde que había vuelto a trabajar, pero lo bueno era que los dulces habían aumentado en la casa.

—Así lo compartes con Simón mientras ven dibujos animados —agregó ella. Entonces, se asomó

mi amigo por la puerta y, silencioso como un ninja, se instaló frente a mí, estirando la mano.

—¿Amigos otra vez? —preguntó con una tremenda sonrisa y no me quedó más que responder el saludo. Era su superpoder: imposible enojarse con él cada vez que ponía cara de niño bueno.

—Por eso me llaman «Simón, el amigo de todos» —me dijo de repente.

—¿Es que acaso lees la mente? —exclamé asustada, sin saber si taparme la boca, los oídos o la nariz para que no se me escaparan los pensamientos.

—¡Ay, mensa! Es que eres muy obvia. Se te nota todo en la cara —Simón se apresuró a contestar y acto seguido sacó una libretita—. ¿Comenzamos con la sesión?

¡Este Simón se tomaba las cosas muy en serio! Estaba a punto de hacerle una broma cuando lo vi sacar un delantal blanco de la mochila.

—Es que con uniforme me veo más profesional —se adelantó a clarificar, sin el menor respeto por el chiste que le tenía preparado—. Señorita Guerra Cruells, póngase cómoda, por favor.

Se iniciaba la terapia. Como ya estaba en la cama, ya no podía estar más cómoda, pero me re-

costé para no hacer enojar al joven psicólogo de criminales.

—De acuerdo a lo que dice su expediente, a usted se le acusa de bullying reiterado contra sus compañeros de curso... —indicó Simón, a quien incluso le dio por cambiar la voz para sonar más intelectual.

—¡Son todos unos llorones! —interrumpí— ¡Yo solo hago bromas y...!

El psicólogo levantó una ceja inquisidora, poniendo en duda mi defensa.

—Bueno, tal vez, quizás, probablemente... se me haya pasado un poquito la mano con las bromas —aclaré.

—Señorita Paz, permítame preguntarle: ¿cuándo cometió por primera vez un acto de bullying?

—Uy, ¿el primero? Déjeme hacer memoria, es que han sido tantos este año, señor psicólogo. Pero creo que el primero fue en marzo.

—¿Y recuerda qué fue lo que motivó ese episodio?

Tuve que darme unos minutos antes de contestar. Ya habían pasado meses desde mi primera travesura y eso ya era mucho tiempo. Recordé el

primer día de clases y a la profesora jefe pidiendo que nos presentáramos a los alumnos que se integraban al curso. Como soy súper inteligente, rápidamente pude notar que Francesca me miraba con malicia. ¡Lo sabía! ¡Ella quería puro molestarme! Así que cuando me tocó el turno de hablar, apunté con el dedo y grité: «Yo soy Paz y ella es Chanchesca, ¡porque se come todo lo que pilla!».

Me reí de buena gana al recordar la escena, pero mi terapeuta no dijo ni pío hasta que me callé.

—Es decir, la molestó antes de que ella lo hiciera...

—Pues sí... —respondí un tanto nerviosa.

—¿Y usted está segura-segura de que Francesca quería molestarla?

—¡Sí!

—¿Lo jura por su madre? —preguntó Simón, implacable.

—Eh... no... La verdad es que no estoy tan segura. En una de esas, Francesca quería decir otra cosa...

Esto de la terapia era difícil, como lo eran para mí las matemáticas, porque te obligaba a pensar sobre las cosas que haces. Por ejemplo, como siempre suponía que los demás querían molestarme, entonces me adelantaba y lo hacía yo antes

que ellos. Pero no entendía por qué siempre suponía que me querían molestar. Acaricié mis barbas imaginarias tratando de recordar de dónde había sacado eso.

—¡Hola, enana fea! —la voz de mi hermano mayor me sacó bruscamente de mis pensamientos.

—¡Ah! ¡Hola, Diego! —respondí cuando él se acercó y me tiró un cojín.

—¿Y cómo está el zancudo? —saludó a Simón con un apretón de manos que lo sacudió entero— ¿En qué están ustedes dos?

No alcanzamos a contestar y él gritó:

—Confiesen, ¡estaban pololeando!

Por supuesto, mi bombardeo de cojines no se hizo esperar. Escapó el muy cobarde, pero sus risas se sintieron por un buen rato afuera de la pieza.

—¡No soporto a Diego! —reclamé, mientras apretaba un cojín—. ¡Es pesado, cargante... Es tan...!

—¡Es igualito a ti! —me interrumpió Simón.

Mi amigo me miró con cara de descubrimiento científico. ¡Estaba fascinado! Poco después comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la pieza.

—¡Que yo no soy igual! —contesté con efecto retardado, pero Simón no me hizo caso.



—¿Tu hermano siempre ha sido así?

—¿Así de pesado? Humm... no. Estoy segura de que el año pasado era más simpático. Pero entró a enseñanza media y se puso menso.

—Continúe, por favor...

Por el tono de voz que puso Simón deduje que habíamos regresado a la terapia. Me abracé al cojín mientras trataba de recordar más cosas sobre mi hermano.

—Recuerdo que mi mamá me contó hace tiempo que a Diego lo molestaban en el colegio. Una vez lo pillé llorando, ¡estoy segura! Aunque él me haya dicho que tenía la cara colorada porque estaba resfriado. Después de eso no sé qué pasó, pero de repente se puso muy pesado. Lo bueno es que lo dejaron de molestar los compañeros.

De pronto, Simón dejó de dar vueltas, ¡como si le hubiera dado un calambre!

—Paz, ¿y no será que Diego se convirtió en el bully del curso?

Yono pude más que aplaudirlo.

—¡Es usted brillante, señor psicólogo!

—Gracias, gracias...

Entonces, me paré sobre la cama y exclamé emocionada:

—Regla número uno de los bullies: ¡Molesta antes de que te molesten a ti!

Lo dije y mi entusiasmo se apagó al instante. Una trompeta desafinada sonó en mi corazoncito al darme cuenta de la cruda verdad.

—Los compañeros molestan a Diego. Él se burla de mí. Yome burlo de Francesca...

Simón sonrió.

—Tal vez Diego no conoce otra forma de hablar con la gente... —señaló, con gran convencimiento.

Esto de la terapia era más agotador que ordenar la pieza.

—¡Ay, creo que necesito galletas! —dije, casi fingiendo el desmayo—. ¡Me faltan fuerzas!

Menos mal que llegó mi madre con unos ricos berlines, tal como había prometido, y mi recuperación fue instantánea. El psicólogo puso mala cara ante la interrupción.

—¡Ya po, Simón! Si igual podemos seguir la terapia mientras comemos.

–Bueno, ya –dijo el terapeuta resignado y le dio una mascada al frito azucarado–. Oye, ¡está súper rico!

–¿Cierto que sí? Simón, ¿y si después vamos a jugar al parque? ¿Con los patines?

–Ya, vamos y... ¡Pucha, Paz! ¿Viste que eres? ¿Y la terapia?

–Perdón, perdón... Después de que termine la terapia entonces.

Luego de acabarnos los berlines fuimos a lavarnos las manos pegajosas y regresamos a la pieza.

–Entonces, ¿en qué quedamos?

Miré a mi amigo con la mejor cara de perrito abandonado que pude hacer. Estaba cansada, ¡solo quería jugar un poco! Él me devolvió la misma mirada que da mi mamá cuando me presta su teléfono para jugar.

–¡Está bien, Paz! ¡Se termina la sesión por hoy!

Dicho y hecho, nos fuimos a jugar al parque.

CAPÍTULO 4

—¡**T**oc toc! —la música estaba tan fuerte que tuve que tocar tres veces más. Pero no sirvió de nada—. Permiso...—dije, abriendo la puerta. Recién ahí mi hermano se dio cuenta de mi presencia.

—¡Ah, enana! Eres tú... ¿Qué quieres?

Me habló sin despegar los ojos de la pantalla. Eso me enojó aún más.

—¡Oye! —y le tironeé la manga del polerón. No le quedó más opción que pausar el juego y darse vuelta para mirarme. No estaba de muy buen ánimo, pero la verdad es que se la pasaba gruñendo.

—¿Qué pasa, enana? —me dijo, con cara de aburrido.

—¡Es que no soy enana! —grité.

Con eso, al menos se le quitó el aburrimiento.

—¡Que no soy la «enana», ni «paza arrugada», ni «paz-osa», ni «paza palabra»! Mi nombre es Paz y quiero que me llames por mi nombre. Aunque también puedes decirme Pacita —respiré un poco

y luego agregué—: ¡Y no me tires cojines cada vez que entres a mi pieza!

No podía verme al espejo, pero estaba segura de que tenía los cachetes colorados. Sin embargo, mi hermano no se burló de mí.

—Bueno, ya —me dijo y se quedó en silencio.

—Yoprometo no decirte más «guatón» ni llamarte por tu segundo nombre «Ruperto», aunque me cueste.

Él sonrió.

—Gracias, Paz. Yoprometo no molestarte, tanto. Solté un suspiro, un tanto resignada.

—Bueno, los cambios requieren tiempo y esfuerzo —señalé, robándole la frase a Simón.

—OK —dijo él.

—OK —dije, imitándolo.

Diego se dio vuelta para retomar su videojuego y yo me dirigí a la puerta.

—Oye, Paz... ¿Tetisca si jugamos algo juntos?

Esa tarde nos la pasamos tres horas jugando. ¡Hacía tanto que no lo hacíamos! En todo ese tiempo, la única pesadez de Diego fue un estornudo que me tiró encima a propósito, como si fuera lo



más divertido del mundo. Pero, bueno, igual la pasamos bien.

Cuando le conté a Simón se puso muy contento, pero también me retó.

—Recién llevas una sesión de terapia y ya le das consejos a los bullies. ¡Eres muy patuda!

CAPÍTULO 5

El segundo día de terapia, Simón se echó el pelo para atrás y planchó su delantal blanco con las manos. El ilustrado psicólogo de criminales había regresado en gloria y majestad.

—Señorita Paz —dijo mi amigo imitando el tono profundo de los conductores de noticias—, ¿cómo elige a sus víctimas?

—¡Ah, pero qué buena pregunta, señor psicólogo!

—Smith. Llámeme Simón Smith.

El verdadero apellido de Simón era Cifuentes, pero como lo vi tan serio, preferí seguirle el juego.

—¿Cómo? Bueno, señor Smith, lo que sea. Sobre su pregunta...

—¿Sí?

—Como víctima siempre elijo a la persona que destaque en algo...

—¿Que destaque en algo bueno? ¿En algo malo?

A pesar de que lo tenía clarito en mi cabeza, explicarle al psicólogo mis técnicas criminales resultó más difícil de lo que pensaba.

—Cuando digo «destacar», me refiero a algo que llame la atención de alguna manera. Por ejemplo... usar lentes!

—Paz, pero si yo uso lentes... —interrumpió Simón, un tanto apenado.

—¡Cierto! ¿Ves a qué me refiero? Eso es algo que destaca. Pero también podrías burlarte de alguien por... sacar buenas notas!

Dije eso y me acordé de que yo era la matea del curso. ¡Ojalá ningún bully se diera cuenta!

—¿Cómo? ¿Podría explayarse un poco más? —preguntó Simón Smith.

Antes de comenzar a responder, acomodé la almohada en la que apoyaba mi espalda y me acerqué el vaso con jugo de manzana que estaba en el velador. Solo para hacerme la interesante.

—¡Ya poh, Paz! Cuéntame... —exigió Simón, olvidando su papel de terapeuta.

Bebí otro sorbo del jugo y compartí por fin mi método de selección de víctimas: para elegir a quién molestar solo me bastaba identificar lo que hacía a esa persona diferente de las demás. Lo más obvio era buscar algo físico: orejas grandes, mucha o poca altura, pecas, gordo o flaco, si usa lentes,

etc. Y una vez descubierto ese rasgo tan distintivo, lo convertía en defecto con mis burlas.

Simón estaba sorprendidísimo.

—¿Y si la persona no tiene nada físico para burlarse de ella?

—Pero si ya te expliqué... —hice una pausa para ordenar mis ideas—. Si ese es el caso, puedes molestar a la persona con «lo de adentro». Es decir, con cosas sobre su inteligencia, su forma de hablar, sus miedos... Lo mejor es que no importa si se trata de algo físico o mental, ¡los demás siempre se creen lo que les dices! —otra vez me reí. Otra vez Simón se quedó callado.

—Pucha que eres mala, Paz —dijo finalmente, mientras tomaba notas en su libreta.

Fingí una sonrisa, pero el comentario de mi amigo me dolió. Y mucho, porque lo decía en serio y vi pena en sus ojos. ¿Talvez ya era el momento de dejar de molestar a la gente y entretenerme en otras cosas?

—Mala y todo, igual eres mi amiga. Igual te quiero.

Ahora sí que sonreí de verdad. Me acerqué el vaso con jugo para que no se me notara tanto la alegría en la cara.

—Además, si fuera por molestar, contigo habría que hacerlo por tus piernas cortas, tus cachetes colorados y las paletas de conejo que tienes.

—¡Oye! ¡Pesado! —exclamé, bombardeándolo con todos los cojines que tenía a mano. El ataque fue despiadado, dejando al psicólogo todo chascón.

—¡No a la violencia! —gritó él debajo de las almohadas que lo cubrían.

—Que yo... ¡achú!... no... ¡achú!... tengo las piernas... ¡achú!... ¡cortas!

Hablar y estornudar era algo muy difícil de hacer, pero mi orgullo era más grande que mi malestar. Sin embargo, pronto empecé a sentir escalofríos. Hablaba y sentía la boca saladita con los mocos que corrían por mi nariz.

¡Oh, no, me había enfermado de verdad! Simón corrió a buscar a mi mamá y ella, a su vez, el termómetro. ¡Tenía 39 °C de fiebre!

–Paz, mañana no vas al colegio –me dijo ella,
apenas se fue el doctor–. ¿No te habrá contagiado
tu hermano? Hoy amaneció igual de resfriado...
–¡Bacán! –celebré en voz bajita, muy bajita.

CAPÍTULO 6

Según la teoría de Simón, los altos niveles de maldad en la sangre me habían bajado las defensas. Según el doctor que fue a la casa, lo más probable es que fuera un caso de influenza. Opté por la segunda opción, dado que «me dolía hasta el pelo», como alguna vez le escuché decir a mi papá, y tenía muchísimo frío mientras afuera caían los patos asados.

—Paz, mañana tampoco vas al colegio —sentenció mi mamá.

—Pero, ¡¿por qué?! —reclamé en voz alta.

No me acordaba de que estar enferma fuera tan aburrido. Y es que al cuarto día en cama sin poder salir a jugar ni juntarme con Simón, el panorama ya no tenía gracia.

Es verdad, mis papás me dejaron jugar todo lo que quise con la consola y también me prestaron su celular, pero llegué a la conclusión de que disfrutaba más compartir con humanos, incluso si

eran mis aburridos compañeros de curso. Y para peor, mi mamá ya no me consentía con pasteles y chocolates porque el doctor me había encontrado con las defensas muy bajas. Así que ahora a pura verduras y frutas. ¡Maldito destino!

Además, esto de la terapia para mentes criminales me tenía mal. Acostada en la cama, tenía mucho tiempo para pensar en mis fechorías y empecé a sufrir de eso que Simón llamaba «empatía».

Me acordé de Juanito, el cortito, y de lo mucho que me reía de él cuando teníamos clases de gimnasia. Al tener extremidades tan mínimas, a él todos los ejercicios le costaban el doble de esfuerzo. Había que ayudarlo a subirse al caballete y cada vez que le tocaba ser arquero, le entraban todos los goles. Aun así podía notar que a Juanito le gustaba mucho hacer deportes, incluso era el que más se esforzaba. Pero, por supuesto, cuando él cometía un error yo estaba al acecho para tomar aire y soltar el repertorio de burlas que todos disfrutaban tanto. Todos menos Juanito, el que poco a poco fue faltando a las clases de gimnasia. Primero, por un resfriado. Otro día, porque le dolía el estómago. Y así hasta que un día llegó con un certificado médi-

co que indicaba que tenía asma y eso le impedía hacer ejercicio. Hay que decirlo, a Juanito jamás lo vi toser. Fue mi culpa que, de tanto molestarlo, terminé provocando su salida de la clase.

Acostada en la cama, pensé en A-a-lejandra y cuando empecé a llamarla tonta. Pero la verdad es que la tonta era yo porque, según averigüé después en Wikipedia, la tartamudez no tiene nada que ver con la inteligencia. Es un «trastorno», que es algo así como una enfermedad. Pero como me daba mucha envidia que ella se sacara mejores notas que yo, busqué una forma para molestarla. Entonces me di cuenta de que A-a-lejandra tartamudeaba a veces. Al descubrir su punto débil, la atacué sin piedad. Incluso obligué a unas compañeras a que también se rieran de ella. Le escondí el estuche y otras cosas que estaban en su mochila, solo para obligarla a pedir sus cosas, tartamudeando. Cuando ella hablaba, volvía yo con mis ataques y todos volvían a reír, confirmando la teoría de que era «tonta». Según lo que me contó Simón, una vez encontró a Alejandra llorando en la biblioteca, oculta bajo una gran enciclopedia, para que nadie pudiera verla así.

Por último, pensé en Ronegro. ¡Digo, Roberto! Era un compañero venezolano que había llegado a Chile recién este año. Sí, el mismo con el que me había molestado Simón al pasar al pizarrón a hacer el ejercicio de inglés. ¿Y qué tenía él para poder molestarlo? La verdad es que no mucho. Como era tan amable no me quedó más que reírme de su color de piel, que era casi como el del chocolate. Entonces, empecé a correr el rumor entre las niñas de que lo peor que les podía pasar en el mundo era que les gustara Roberto. Me acordé de que a un tío mío lo molestaban en las juntas familiares porque era moreno y saqué la inspiración de ahí. Pero, en realidad eso es tan tonto como que te molesten por respirar!

Después de pensarlo, me es fácil entender por qué los malos no se ponen en el lugar de sus víctimas. Si lo hacen, ¡ya no pueden seguir siendo malos! Se conectan con lo que ellas sienten y ¡zas!, les entra todo: la pena, la vergüenza, las risas de la gente burlándose...



—¡Todo es culpa de Simón y su terapia! —reclamé un par de veces en voz alta, buscando sentirme mejor. ¿Me habrá metido algo en la comida? ¿Me habrá hipnotizado sin que me diera cuenta?— Ah, no, es esa cuestión de la «empatía» —concluí, también hablando sola.

Y también estaba lo de llamar la atención a toda costa. ¿Por qué insistía en hacerlo? ¿Siempre había sido así? Entonces llamé a mi mamá al trabajo para preguntarle.

—Aló, ¿mamá?

—Sí, sí... La factura, déjala ahí. ¡Ah! ¡Hola, mi amorcito! ¿Cómo estás?

—Bien, sí. Un poco aburrida.

Se escuchaba mucho ruido del otro lado del teléfono, como de gente hablando.

—Ah, ¿sí?... Pues, ¿hiciste las tareas?

—¡Qué fome! —reclamé y me metí los dedos a la nariz—. Mami, oye, ¿por qué a las personas les gusta llamar la atención?

Pregunté así para no ser tan obvia y me reí. Sin embargo, mi mamá solo decía «sí» y «la reunión es a las cuatro». Se notaba que estaba hablando con otra persona.

—¡Mamá! —grité.

—Ay, Pacita, no sé... ¿Lo harán porque se sienten solas?

—Yome siento sola, mami.

Dije eso y esperé un rato, pero no me respondió.

—¡Mami!

—Perdón, hijita — tenía voz de pena—. Aquí estoy. Espera un poco. Me voy a encerrar en una sala y vamos a hablar las dos.

Entonces hablamos mucho, ¡mucho! De su trabajo nuevo y de lo poco que nos veíamos desde que habían terminado las vacaciones de verano. Hablamos también de mi papá, porque a él también lo extrañaba, pero a eso estaba un poco más acostumbrada por lo de la separación. Y también hablamos de mi hermano, le conté que habíamos pasado una tarde jugando y que nos habíamos divertido mucho, ¡como hace mucho no lo hacíamos! Que si tan solo pudiera ser así siempre... Que si tan solo no estuvieran todos tan ocupados en sus cosas... Que me gustaría estar más con ellos y recibir menos pasteles.

¡Decir lo que sentía fue como sacarme una mochila llena de cuadernos!

Me sentí muy bien, livianita como hoja de lechuga. Y mi mamá también se notaba feliz. Me prometió pasar más tiempo conmigo, ¡que haríamos un plan juntas cuando volviera del trabajo! Que hablaría con mi papá y con mi hermano para que se unieran al club, pero que tuviera paciencia porque tomaría tiempo entusiasmarlos. Yo le dije que sí, que si había alguien con el superpoder de la insistencia, ¡esa era yo!

Para cuando corté el teléfono, ya sabía por qué quería llamar tanto la atención, pero me quedaba otro misterio por resolver. No había que ser muy brillante para darse cuenta de que cada vez que alguien destacaba más que yo, me ponía manos a la obra para opacarlo. Tal vez era otro de mis poderes: ¡la súper envidia!

—Pero también tienes cosas buenas, Paz. Puedes ser una gran líder si te lo propones.

Eso último lo dijo Simón. Apareció por mi puerta cuando cumplía mi quinto día en cama. Estaba tan contenta de verlo que ni siquiera me sorprendió que me leyera la mente.

—Pero como le dijo el tío Ben a Peter Parker antes de que se convirtiera en Spiderman: «un gran

poder conlleva una gran responsabilidad» —agregó él con aires de nerd—. Y sí, estabas hablando sola otra vez.

Nos saludamos con nuestro súper saludo secreto de mejores amigos, brindando con leche con chocolate como en los viejos tiempos (es decir, antes del comienzo del resfrío) y nos pusimos al día de lo que había pasado en clases. ¡Era tal la cantidad de tareas que tenía por hacer que hasta me dieron ganas de seguir resfriada!

—Oye, ¿y hoy no vamos a tener terapia? —pregunté después de la tercera carrera de Mario Kart.

No había terminado la frase y a Simón se le iluminaron los ojos, incluso más que para su cumpleaños. Rápidamente se puso el delantal blanco y se peinó para atrás.

—Señorita Guerra Cruells, damos inicio a nuestra sesión —sentenció Simón, ya transformado en psicólogo de criminales.

Fue una larga conversación. Esto de la empatía me tenía muy confundida porque me había quitado los poderes del mal que tanto esfuerzo me había costado adquirir. Ahora sentía una tremenda pena por todo el daño que le había hecho al resto, es-

pecialmente a Juanito el cortito, A-A-Alejandra y Ronegro. Digo, ¡Roberto! ¿Cómo podrían perdonarme?

—Para empezar, podrías dejar de llamarlos con esos apodos tan pesados —declaró mi amigo.

—¡Ah, tiene toda la razón, estimado!

—La situación es complicada, señorita Guerra. Esos niños la han pasado muy mal con sus fechorías.

—Es verdad... —afirmé tristona—. Es obvio que me odian y que jamás me perdonarán.

—¡Pero nada es imposible para Simón, súper relacionador público! —exclamó mi amigo y de su bolsillo sacó una tarjeta de presentación.

—¿Simón, representante de criminales arrepentidos? —pregunté sorprendida, luego de leer su tarjeta.

—Así es —respondió orgulloso—. Y si te fijas bien, también soy entrenador de hámsteres. Lo dice en la tarjeta.

—¡Cierto, cierto!

—Si quieres que te ayude, me tienes que hacer caso. Me tienes que dar plena libertad de acción.

—Sí, obvio. Me gustaría mucho llevarme bien con mis compañeros.

—Entonces, firma aquí.

Y así lo hice sobre un papel en blanco, confiando plenamente en mi amigo que empezó a hurguetear entre mis cosas.

—¿Me lo prestas?

Simón me pidió prestado un pony de mi colección. El pony Sweet Sugar Candy, para ser más exacta, que tenía alas de caramelo y pelo rosadito.

—No preguntes para qué. Después te lo devuelvo —me dijo, muy seguro.

Era viernes en la tarde y recién podía volver a clases el miércoles. Mi terapeuta, y ahora representante, me dijo que no me preocupara por nada. Que para cuando volviera tendría resueltos todos mis asuntos con el curso. No me quedó más que creerle y aprovechar el tiempo para seguir jugando Mario Kart y avanzar con el montón de tareas que se me acumulaban del colegio.

CAPÍTULO 7

Admito que cuando volvía a clases, lo hice con un poquito de miedo. Con tanta reflexión en la cabeza, ya no miraba a la gente como antes. Especialmente a mis víctimas. Es verdad, tampoco podía molestarlas porque estaba condicional y al primer problema me echaban del colegio, pero jugar o conversar con niños sin molestarlos o hacerles bromas era algo nuevo para mí y me estaba costando trabajo. Por eso, y durante los primeros días, opté por ser Paz «la muda», hasta ganar más confianza.

Pero no pasó mucho tiempo y Alejandra se me acercó durante un recreo. Traía bajo el brazo mi querido pony.

—Paz —me dijo, depositando el juguete en mis manos—, mu... muchas gracias por prestarme tu... tu Sweet Sugar Candy.

La miré con cara de meme, como diciéndole «no entiendo nada». Alejandra siguió hablando.

—Porque Simón me lo pa... pasó de parte tuya y me dijo que tú también coleccionabas ponies.

¡Que incluso tenías un cu... cu... cubrecamas y un pijama de ponies!

Le puse otra cara de meme. Una de desconcierto y triple papada.

—¿O... o... era una me... mentira de Si... Simón?

Entonces, reaccioné por fin.

—Eh, sí... ¡Digo, no! —exclamé entre risas—. Yole pedí que te lo prestara. Como estaba enferma, no te lo podía pasar yo misma —sonreí con todos mis dientes, mientras refunfuñaba por dentro. ¡Simón me debía unas buenas explicaciones!

—Paz, pen... pensé que era la única a la que le gustaban los po... ponies. Mira, te presto mi que... que... querido Super Sparkle Rainbow Magical Strawberry Pony.

—¿No me digas que es el pony de edición limitada al que le brillan sus alitas en la oscuridad y puedes pintarle el pelo de colores? —pregunté emocionada, mientras recibía el súper juguete en mis manos.

—¡E... ese mis... mismo! —afirmó Alejandra, orgullosa.

¡No podía creer que ella me prestara semejante tesoro! Y más encima después de todo lo que

la había molestado. Busqué a Simón con la mirada y le mandé un «gracias» telepático que él correspondió cerrándome un ojo. Tener un representante era increíble y ese recreo se coronó como uno de los mejores del año. Alejandra resultó ser muy simpática.

Pasados unos días, supe de la segunda movida de Simón. Fue para los talleres extraprogramáticos, cuando me reintegraba al equipo de futbolito mixto para los terceros y cuartos básicos. Entonces, vi cómo se aproximaba hacia mí Juanito, impecable en su uniforme y con una sonrisa insoportablemente luminosa.

—¡Hola, capitana! —dijo al verme, y estiró la mano para saludarme. Correspondí el gesto con cara de confundida.

—¡Psss, Paz! —susurró Simón en mi oído—. Le dije a Juanito que lo querías en su equipo para reemplazar a Gutiérrez, que se torció una pata.

—¿Eso hiciste?! —exclamé a todo pulmón.

—Sí, sí lo hice. Soy tu representante ¿o no? —respondió, incitándome a bajar el tono de la voz. Y para que no quedara duda, sacó el documento con mi firma.

—Ya, está bien... —dije resignada, y luego busqué con la mirada al nuevo integrante del equipo—. ¡Juanito, tú vas para defensa!

Tengo que ser honesta. Había visto a Juanito estrellarse sobre caballetes, hacer volteretas con finales trágicos y tropezarse saltando la cuerda pero, ¿correr? Eso era algo nuevo para mí. ¡Y vaya que lo hacía con energía! Iba tras el balón a una velocidad súper poderosa y su baja estatura le permitía robar la pelota sin ser visto. Era nuestro Flash de patitas cortas, insuperable en la defensa. ¡Cuánto talento el de Juanito! ¡Ese día ganamos por goleada!

Tanta terapia, ¡tanto pensar!, por fin estaban dando sus frutos. En casa, con mi mamá y mi hermano conversábamos casi todos los días. ¡Hasta organizábamos maratones de Mario Party con mi papá los viernes!

En el colegio, la amistad con Alejandra y Juanito iba viento en popa gracias a las relaciones públicas de Simón. Ahora solo me faltaba hacer las paces con Roberto. ¿Qué le habría dicho mi representante?

—La verdad es que nada. Lo siento, Paz —dijo mi terapeuta-representante—. No me alcanzó el tiempo. Roberto corre por cuenta tuya.

¡Rayos! ¡Con lo bien que estaban saliendo las cosas hasta ahora! Sabía que tenía que abuenarme con Roberto, pero no sabía cómo. ¿Y si lo invitaba a jugar fútbol? Cuando le pregunté, me dijo que le dolía mucho una pierna y salió corriendo hasta perderse.

Otro día intenté cambiar de puesto con una compañera para sentarme más cerca de Roberto, pero solo logré que le pidiera permiso a la profesora para ir al baño y no volvió hasta que nos fuimos a recreo.

Era obvio: él me tenía miedo. Lo había molestado demasiado. Considerando mi abultado prontuario en el bullying, ¿por qué ahora, así de repente, él me iba a aceptar como su amiga? Entonces, y para que no siguiera arrancando cada vez que me veía, desistí en mis intentos amistosos y las cosas volvieron más o menos a la normalidad. Hasta que un día a Roberto le tocó pasar al pizarrón para ayudar en una presentación sobre el sistema solar.

—Atención, niños —dijo la profesora—, ¿cómo se llama el planeta que sostiene Roberto en su mano?

Se escucharon murmullos en la clase con las posibles respuestas, pero nadie estaba lo suficientemente seguro para hablar. Por supuesto, yo ya sabía qué planeta era el que sostenía Roberto, pero estaba un poco aburrida de ser siempre la que contestaba todo lo que preguntaba la profesora.

—¡Oh, miren! El planeta está flotando en el aire...

El del comentario había sido Carlitos Concha, mi rival a la hora de hacer bromas pesadas en la clase. Reconocería su sonsonete nasal en cualquier lugar.

—¡Bah! Disculpa, Roberto —interrumpió nuevamente Carlitos—. Te confundí con el pizarrón.

¡Parece que él no había perdido el tiempo durante mi ausencia! Sus burlas provocaron las carcajadas del curso, aplastando al pobre Roberto que no sabía qué hacer frente al ataque. Incluso creí que se iba a poner a llorar. Carlitos, por su parte, tenía el pecho cada vez más inflado al tener toda la atención del curso.

Entonces, sentí el llamado. El de la justicia, ¡el de los buenos! Y decidí ponerme en acción.

—¡SILENCIO!

Con mi grito se apagaron las risas en un segundo. Eso fue bacán, pero luego sentí las miradas sobre mí y ahí se me revolvió el estómago. Era ahora o nunca.

—¡Atención, curso! ¡Que levante la mano a quien le gusta que se rían de él o ella! —pregunté con voz firme entre los presentes, pero como era de esperarse, todos se quedaron quietos en su puesto—. Y si a nadie le gusta recibir burlas —continué—, ¿por qué nos reímos tanto cuando se las hacen a otros? Yome he dado cuenta de que eso está mal, que eso hace mucho daño a las personas, y les pido perdón a todos los compañeros que han sufrido por mi culpa. Ustedes pueden seguir riéndose de los demás, pero yo he decidido no volver a hacerlo —entonces, levanté la mano con energía—, ¿quién más está conmigo?

¡Ay, qué nervios! Pasaron unos segundos que me parecieron eternos. Ahí estaba yo, de pie frente a todos, con la mano levantada, con Carlitos Concha mirándome con cara de odio. ¿Sería que ahora se iban a burlar de mí? Nadie hacía nada.

—¡Yo... yo... e... estoy contigo, Paz! —dijo Alejandra, poniéndose de pie.

—¡Yo también! —exclamó Juanito, nuestro nuevo as del fútbol.

—Y yo... —declaró Roberto, tímidamente desde la pizarra.

—¡Yo también estoy con Paz! ¡Acabemos con el bullying en este curso!

Ese último fue Simón, el que no solo era mi amigo, sino también el amigo de todos. Siguiendo su ejemplo, muchos se pusieron de pie hasta que solo quedó sentado Carlitos Concha.

—Está bien, yo también me sumo —aceptó el chico, poniéndose de pie—. También estoy cansado de que me hagan bromas y tener que inventar tonteras todo el tiempo.

La profesora Natalia no podía creer lo que pasaba frente a sus ojos. Todos sus alumnos, de pie, estaban decididos a detener el bullying que se estaba dando en su curso desde hace tiempo. Y quien dirigía al grupo era justamente la persona que estaba condicional por molestar a sus compañeros. ¡Era el mundo al revés!

—Niños, pero... ¿Es que todos se sienten víctimas de bullying?

—¡Sí! —se escuchó fuerte y claro en un coro que luego se transformó en un enredo de opiniones y desahogos del que casi no se entendía nada.

—Yo siempre tengo miedo de que me molesten cuando paso adelante —dijo María José.

—Yome río de los puros nervios, para que no lo hagan conmigo después —confesó David.

—Yomolestaba para llamar la atención, pero ya lo superé —compartí yo, haciéndome la madura.

Finalmente, y después de mucha conversación, nos dimos cuenta de que el curso se dividía en tres grupos: los que hacían bullying, quienes lo recibían y, por último, los que le seguían el juego a los molestos por miedo a convertirse en sus víctimas. Así que la profesora decidió tomar cartas en el asunto y convocó una reunión de apoderados para solicitar el apoyo de nuestros papás.

Ese mismo día también hicimos nuestra primera resolución como curso: no fomentar las burlas. Simplemente, no le prestaríamos atención a quien se pusiera pesado, porque no hay nada más fome que pasar desapercibido cuando le haces malda-

des a los demás. También acordamos que avisaríamos a la profesora si alguien se ponía bully, sin importar quién fuera.

—Creo que me están empezando a gustar los buenos —le confesé un día a Simón cuando tomábamos once en mi casa.

—Tú siempre has sido de los buenos, es que no te dabas cuenta —respondió él, mientras se acababa su leche con chocolate—. Pero no te fíes, Paz, ¡esto recién comienza!

Asentí. Había mucho por hacer y lo malula no se me iba a quitar de un día para otro, ¡pero quería intentarlo! Llevarse bien con la gente era mil veces más bacán que estar molestándola. Era como si el mundo se hubiera hecho más grande para mí. Además de Simón, ahora tenía a Juanito, Alejandra y Roberto como mejores amigos. ¡Lo pasaba tan bien en el colegio!

—Uy, a Paz le gusta Roberto...

Miré fijamente a mi amigo. ¿Es que acaso me estaba haciendo bullying? ¿Se habían invertido los roles?

—¡Ay, Paz! ¡Era broma! —aclaró él rápidamente—. Quería ver si te enojabas.

Entonces, me armé de valor y respondí:

—¿Sabes qué? Sí, me gusta Roberto.

Simón se quedó paralizado mientras el rojo iba coloreando mis cachetes.

—Y tal vez por eso lo molestaba tanto... —dije poco después, meciendo mis barbas imaginarias.

Los tiempos en que respondía con bromas pesadas para no decir la verdad parecían haber quedado atrás. ¡Eso me puso contenta!

Simón sonrió hasta que se le achinaron los ojos.

—Señorita Paz Amanda Guerra Cruells —me dijo, invitándome a hacer nuestro súper saludo secreto de amigos—: ¡está usted curada de bullying!

Y ese mismo día, Simón, psicólogo especialista en mentes criminales, me dio de alta.

ÍNDICE

Capítulo	1		9
Capítulo	2		19
Capítulo	3		25
Capítulo	4		35
Capítulo	5		39
Capítulo	6		45
Capítulo	7		57



LA AUTORA Y LA ILUSTRADORA

Daniela Viviani

Es traductora inglés-japonés, y actualmente se desempeña como escritora, comunicadora creativa y guionista de narrativa gráfica. También es ilustradora autodidacta. En el mundo del cómic, es conocida como Cabrales, apodo que se originó de los cómics *Cabrales, ¿conoces alguna?* (2010) y *Cabrales, ¡nunca cambies!* (2012). Ha publicado las novelas *Maldita jefa* (2017), *Luisa 1912* (2019) y *Víctor 1907* (2020). *Paz Guerra Cruells, acusada de bullying* es su primer libro infantil.

Dannaé Álvarez Rivas

Nació en 1988 en Puente Alto, provincia de Cordillera. Siempre le gustó el dibujo. Estudió Diseño Gráfico Publicitario y lentamente ingresó al mundo de la ilustración. Actualmente trabaja en la industria de la animación y realiza proyectos ilustrados de distinta índole.



DESDE

8

AÑOS

Paz Guerra Cruells tiene un humor muy especial: se burla de sus compañeros de curso, los avergüenza cuando pasan a la pizarra y les pone sobrenombres. A nadie le gusta sufrir el bullying de Paz, tampoco a Simón, su mejor amigo, quien hará lo posible por descubrir qué hay detrás de esas ganas de reírse de los demás.

ISBN: 978-956-6038-55-9



eBook